

DE MONSTRUOS Y CABECITAS

La construcción de la otredad como amenaza en relatos literarios sobre el peronismo. Un abordaje desde *El proceso de la civilización* de Norbert Elias

Agustina Triquell

Doctora en Ciencias Sociales UNGS-IDES. Becaria postdoctoral del Centro de Investigaciones Sociales (CIS-IDES-CONICET). Integrante del Programa de Ciudadanía y Derechos Humanos CIS-IDES.

Mail: atriquell@gmail.com

Primer punto de partida: Sobre Elias y las categorías de *El proceso de la civilización*

“Y entonces todo lo que había hecho en la vida
había sido para que lo llamaran “señor”.
Germán Rozenmacher, *Cabecita Negra*

“¡Qué entusiasmo partidario te perdiste, Nelly!”
Bustos Domecq, *La fiesta del monstruo*

En la lectura del texto “El proceso de la civilización” aparecen una serie de categorías e ideas muy movilizantes para pensar los modos en que se construye un yo civilizado que mira –y juzga– las prácticas de un Otro –diferente, menor– en sus apariciones en la vida pública. El punto de partida del autor pone en evidencia que las maneras en las que se definen los modos de ser y aparecer de forma civilizada, es producto de ajustados parámetros de conducta que son históricamente construidos a los largo del constante proceso de civilización y que varían de una sociedad a otra. Así, la instauración de la norma mediante la generación de una determinada

autoconciencia, genera la coerción necesaria para el desarrollo normal de la vida en sociedad.

Para Elias (1939) las sociedades occidentales están habitadas por sujetos racionales que son en realidad el resultado de la norma histórica de coerción física. Vivir “civilizadamente” en sociedad, implica que poseemos un nivel de interiorización de las normas que se establece como permanente, lo que permite aumentar los grados de previsibilidad de los procesos sociales. Así, la razón y la conciencia son producto de la coerción física interiorizada, que se traducen en un modo específico de conciencia moral. Esto se manifiesta en el establecimiento de modales, mediante una pedagogía de la civilización, en la que se toma conciencia y se valora el ser *civilizado* y se vuelve objeto de prácticas explícitas y deliberadas.

Tanto los modos de vestir, las pautas de comportamiento, el manejo y control de los instintos, el dominio de la agresividad, son los lugares en donde la civilización se manifiesta, en donde la *psicogenesis* de este proceso social constante hace síntoma.

El avance civilizatorio se da con la aparición de las diferenciaciones sociales postfeudalistas y el nacimiento de la sociedad cortesana: el avance del poder centralizado

que ejerce el monopolio de la violencia física y la centralización de las finanzas públicas. La aceptación tácita de las normativas de comportamiento social dan cuenta del nacimiento de una nueva forma de autoconciencia: la autocoerción. Todas las conductas que queden por fuera de lo instituido serán percibidas como anormales, como una amenaza.

Segundo punto de partida: Peronismo y Literatura Nacional

"El comportamiento de quien detenta el poder central, ya no debe ser (en teoría al menos) instintivo y pasional, por el contrario, debe ser frío, cerebral y totalmente reflexivo."

Norbert Elias, *El proceso de la civilización*

"(...) el pueblo es el mejor aliado, sólo él encierra valores permanentes, todo lo demás es circunstancial"

Juan Domingo Perón

El nacimiento del peronismo en Argentina dio visibilidad a una masa de sujetos cuyos comportamientos fueron percibidos por las capas medias de la sociedad con distancia, como un repertorio que le era ajeno y del que sintieron la necesidad de diferenciarse. Esta otredad, radicalmente diferente en sus prácticas, se alejaba abismalmente de su propio habitus de clase, de las normativas de comportamiento social que los embanderaban como clase media. La llegada de los "cabecitas negras", la migración interna del campo a la ciudad fue percibida así como una amenaza, aún antes de convertirse en la fuerza política popular más importante de la historia del país.

La presencia del cabecita negra impactó fuertemente en la fisonomía urbana, y la lesión ideológica al colonialismo mental se agravó con una irrupción que alteraba la fisonomía de la ciudad inundando los centros de consumo y diversión, los medios de transporte, y se extendía hasta los lugares de veraneo (...). Lo que no se les

ocurrió, ni se les podrá ocurrir nunca, era que se trataba de un hecho original y propio del país y de una transformación inevitable que estaba en la naturaleza de las modificaciones de las formas de producción y de consumo (Jauretche: 1992, 298-300).

La clase media intelectual construyó entonces todo un universo simbólico para nombrar –e intentar dominar– a esta nueva condición social emergente, que aparecía en la esfera pública, que comenzaba a definirse desde sus prácticas y consumos.

El desafío de este artículo será entonces, a partir del análisis de ciertos textos literarios de la época, atender a las representaciones sociales que en los relatos literarios se cristalizan. Mediante la lectura de los relatos "El niño proletario" (1973) de Osvaldo Lamborghini, "Cabecita Negra" de Germán Rozenmacher (1962) y "La fiesta del monstruo" (1947) de Bustos Domecq, proponemos advertir algunos de los síntomas de la *psicogénesis* de un nuevo modo de ser. "Solamente se alcanza una comprensión verdadera de la historia de las ideas y los pensamientos cuando, además del cambio de las relaciones interhumanas, se estudia la estructura del comportamiento, el entramado de la estructura espiritual en su conjunto" (Elias 1989: 494).

Intelectualidades antagónicas

En 1951, durante el primer peronismo, Julio Cortázar publica *Casa Tomada*, en el volumen de cuentos *Bestiario*. El cuento establece una analogía con la sensación de ruptura e invasión que la clase media estaba transitando, clase a la que el mismo pertenecía. Según Avellaneda (1986), este paradigma de la invasión se encuentra en sintonía con el discurso de los sectores medios antiperonistas, que perciben a la nueva fuerza social que irrumpe en el espacio público para luego devenir en fuerza política. Sin embargo, y volviendo a Elias, lo que define tal oposición en un primer momento no es su carácter político, sino los modos en que aparecen, en los modos en que escenifican ciertos comportamientos diferentes a los propios. En este sentido, el movimiento puede ser comparable a las reivindicaciones de la incipiente intelectualidad alemana, pero

en sentido inverso: una clase media que necesita definirse en relación de oposición, en el caso de la intelectualidad alemana a lo instituido, en el caso de la clase media intelectual argentina a lo emergente percibido como amenaza. Si bien ambas luchas tienen un fuerte tinte político, no se dirimen en este terreno.

Claro está que poseen adversarios claramente diferentes –en Alemania, la joven generación se opone a los modelos socioculturales impuestos por el absolutismo ilustrado establecido y en la Argentina antiperonista se ataca el advenimiento de nuevas figuras sociales. Sin embargo, ambos centran su crítica en los modos de ser y aparecer, el manejo diferenciado de las corporalidades, gestualidades y comportamientos que constituyen lo inadmisibles, en definitiva, lo *incivilizado*. Establecer las pautas de ser y estar en el mundo, los comportamientos socialmente válidos, es el *leit motiv* de ambas disputas.

(...) la lucha de la vanguardia de clase media, de la intelectualidad burguesa contra la clase superior cortesana se realiza casi de modo completo al margen de la esfera política y por lo que el ataque se hace predominantemente contra el comportamiento humano de la clase superior, contra rasgos humanos generales, como la superficialidad, los "convencionalismos externos", la "insinceridad" u otros similares (Elias 1989 : 78).

A partir de este punto, abordaremos desde los relatos propuestos, una serie de reflexiones en torno a las particularidades del advenimiento de esta nueva figura, los miedos y autoacciones que despierta, así como las reconfiguraciones en torno a las interdependencias de clase y la organización del ritmo del ocio y el trabajo.

Miedos y amenazas

"La vida encierra muchos menos peligros, pero también proporciona menos alegrías"

Norbert Elias, *El proceso de la civilización*

"La Fiesta del Monstruo" es el relato

en la voz de un miembro del partido peronista que narra los acontecimientos del 17 de octubre de 1945 a su mujer. La construcción de esta voz por Bustos-Domecq se encuentra saturada de italianismos y modismos del lunfardo. Mediante la caracterización zoomórfica del narrador su relato pierde toda validez, su subjetividad es vaciada, reducida. El relato narra los periplos para llegar a la capital, los modos en que la masa inunda la calle, la "gallarda columna" franquea los muros de la ciudad y viene a alterar su orden y su pulcritud.

La masa invade y en esta invasión mata a un estudiante judío. La muerte de éste, como símbolo de la muerte del saber legitimado es el vértice, el punto culmine del trayecto que va de la invasión del espacio público hasta la invasión del cuerpo privado. La cultura hebrea aparece como símbolo del saber ligado a la práctica de la lectura y la escritura que es víctima del monstruo oral que todo lo destruye. Irrumpe, avasalla, carga todos los estigmas de la sociedad, pero sobre todas las cosas pone en escena todo su potencial transformador, en el que se fundan todos los miedos.

Y la frase final de Cabecita Negra condensa en sentido de esto: "Y de pronto el señor Lanari supo que desde entonces jamás estaría seguro de nada. De nada".

"Nada más que un cabecita negra" dice Lanari. Lo que desconoce es que para entonces, en la calle rigen otras leyes. Terrible hecho el de saberse uno en la multitud y nada más. El voseo del agente lo golpea en el centro de su orgullo de clase, y percibe de inmediato que quien detenta el poder –el dominio legítimo de la violencia– es un otro, un otro negro, que paradójicamente es menos que él y tiene el poder de decidir sobre su destino.

La estabilidad peculiar del aparato de autoacción psíquica, que aparece como un rasgo decisivo en el hábito de todo individuo "civilizado", se encuentra en íntima relación con la constitución de institutos de monopolio de la violencia física y con la estabilidad creciente de los órganos sociales centrales (Elias 1989 : 453).

Lanari se encuentra ante la paradoja de verse desprotegido incluso de la institución

que ejerce el monopolio de la violencia de la que habla Elias. Esto viene a dar cuenta del avance sin límites -*los cabecitas negras* han ingresado literalmente al interior de su hogar, el policía se descalza, la mujer se acuesta en la cama matrimonial. Todo está al revés - incluso su insomnio da cuenta de ello, ya que señala que la noche es para dormir- y entonces teme: teme perder su honor, teme ser visto por los demás en esta situación, teme perder su condición de clase más de lo que teme el riesgo material real: la violencia física y la usurpación. Lo que se pone en juego es el temor de una clase que ve amenazada su reciente conquista. Al respecto Elias señala:

Precisamente los miedos de este tipo, los miedos a la pérdida de lo diferenciador, del prestigio heredado o heredable (...) son los que han tenido hasta hoy una importancia decisiva en la configuración del código dominante de comportamiento. También se ha comprobado que estos miedos son los más propensos a la interiorización. (Elias 1989: 529).

Lo que agudamente advierte Elias nos permite pensar al miedo como elemento de cohesión social, es justamente el mecanismo que permite a cierta clase, a cierto colectivo, definirse de modo antagónico ante un otro diferente. Como señalamos más arriba, el movimiento que los autores aquí analizados realizan, puede ser comparable con la necesidad de la incipiente intelectualidad alemana de diferenciarse de los modos de los nobles. Porque en definitiva,

(...) la estructura de los miedos no es más que la respuesta psíquica a las coacciones que los hombres ejercen sobre los demás dentro de la interdependencia social. Los miedos constituyen una de las vías de unión -y de las más importantes- a través de las cuales fluye la estructura de la sociedad sobre las funciones psíquicas individuales (Elias 1989: 527).

El proceso de civilización implica el ejercicio monopólico de la violencia por parte de un poder centralizado, lo que en contrapartida implica a nivel psicosocial, la domesticación de la agresividad. Para las clases marginadas, para aquellas que no disputan ningún tipo de asenso en la escala social, los modos de asimilación de este tipo de restricciones son diferentes.

El aparato de control y de vigilancia en la

sociedad se corresponde con el aparato de control que se constituye en el espíritu del individuo. El segundo, al igual que el primero, trata de someter a una regulación estricta la totalidad del comportamiento y el conjunto de las pasiones. Los dos -el uno, en buena parte, por intermedio del otro- ejercen una presión continua y regular para conseguir la represión de las manifestaciones afectivas y tratan de paliar las oscilaciones extremas en el comportamiento y en las manifestaciones afectivas (Elias 1989: 458).

Para los sectores del margen, este proceso se desarrolla de una manera diferente. Lanari lo sabe y la experiencia a lo largo del relato se lo corrobora. Este diferencial se funda en que

Las clases que se encuentran perpetuamente bajo la amenaza del hambre o que viven reducidas a la miseria y a la necesidad, no pueden comportarse de modo civilizado; para crear y poner en funcionamiento un super-yo estable era preciso y sigue siéndolo, un nivel de vida relativamente elevado y un grado razonable de seguridad (Elias 1989 : 513).

La agresividad aparece entonces como una pulsión potencialmente transformadora, es la carta a favor que el marginado posee, la transgresión de la norma, la inhabilitación a pensarse como ser civilizado, lo corre del lugar de la inacción para otorgarle un recurso innegable: el dominio de lo que su cuerpo le habilita, el manejo de su propia fuerza. Sus "vidas irreales" (Butler, 2006) aquellas que no calzan en ninguna concepción dominante de lo humano, son abordadas en el relato desde su condición espectral, de aquello que está pero no es visto. Lanari no entiende lo que ha sucedido. El dolor en la boca del estómago y la puerta de calle abierta le hacen recordar, una y otra vez, que "*algo había sido violado*".

Clase, afectividades y violencias

Bajo la bandera de eliminar o al menos reducir la desigualdad social el peronismo inaugura un nuevo relato que configura un nuevo actor social: los *descamisados*, aquellos desplazados pertenecientes a los sectores populares, aquellos que hasta entonces estaban invisibilizados, irrumpen en

el espacio público, con modos particulares de disponer sus cuerpos y afectividades.

Por otro lado, la doctrina de la justicia social se propone establecer nuevos modos de comportarse, disponiendo un arsenal de valores en relación al trabajo, el ocio y la educación.

Estamos entonces ante una doble reconfiguración: por un lado, la aparición pública de sectores antes invisibilizados y por el otro, la irrupción en el terreno de lo doméstico de figuras de lo político.

Las clases con posibilidades de ascenso –las capas medias– viven el advenimiento del peronismo con miedo, reproducen el discurso de las clases dominantes y no poseen la capacidad de pensarse a sí mismos en relación de empatía con esta nueva figura. El peronismo aparece marcado por el signo de lo salvaje, de lo maldito, de lo hediento. Su amenaza radica en que, desatando las fuerzas oprimidas, destrabando las lógicas premeditadamente clausuradas para favorecer a unos pocos, cuestiona la índole de nuestra pulcritud, es decir, de nuestro *ser occidental* (civilizado).

La clase media ascendente no puede pensar(se) desde su origen, en analogía con el del *cabecita negra*, y otorga todo el mérito de su ascenso al trabajo y el sacrificio. El Sr. Lanari lo señala una y otra vez, su Renault, su casa de fin de semana, su departamento en la calle Cangallo –casualmente hoy llamada Perón– eran producto de su esfuerzo del trabajo en la ferretería. No es un gran empresario, es un trabajador en ascenso. "No podía quejarse de la vida. (...) se daba todos los gustos". Claro que había tenido que hacer muchos sacrificios." La moral del trabajo lo distancia del *cabecita negra* y lo acerca –en su aspiración, en su hijo casi abogado– a las clases dominantes. Encontramos en Elias la siguiente clave explicativa:

Esta influencia en el *super-yo* por parte de la clase alta hace que surja una forma muy específica de sentimientos de vergüenza y de supeditación entre la clase ascendente, muy distintos a los sentimientos que tienen las clases bajas sin posibilidades de ascenso individual. El comportamiento de estas últimas puede ser más rudo pero es más cerrado, más unitario, más íntimo y, por lo tanto, mejor configurado; viven más en su propio mundo, sin esperanza de

alcanzar un prestigio igual al de la clase alta, con lo que disfrutaban de un espacio mayor para las descargas afectivas. Estas clases viven de acuerdo con sus propios usos y costumbres (Elias 1989 :516).

Los modos en que cada clase asimila las coacciones sociales externas, configura repertorios de coacciones internas en las que se ponen en juego toda una serie de pautas de conducta y comportamiento cada vez más complejos. El individuo se ve obligado a organizar su comportamiento de modo cada vez más diferenciado, más regular y más estable (Elias 1989 : 451).

El niño como masa a modelar

"A lo largo de grandes períodos de la historia, las coacciones que se imponen a las clases inferiores son la violencia corporal directa, la amenaza al dolor físico y de la muerte por la espada de la miseria y el hambre"

Norbert Elias, *El proceso de la civilización*

"Desde que empieza a dar sus primeros pasos en la vida, el niño proletario sufre las consecuencias de pertenecer a la clase explotada"

Oswaldo Lamborghini, *El niño proletario*

El niño proletario es un claro ejemplo de los modos en que las configuraciones de los modos de funcionamiento de la autoacción comienzan a operar desde la más temprana edad, configurando comportamientos y repertorios posibles de acuerdo a su clase.

"En mi escuela teníamos a uno, a un *niño proletario*". Su identidad individual es negada, abordado únicamente desde su condición de clase, ni siquiera puede ser nombrado: la operación de la maestra de alterar su apellido, Stropani es nombrado –y caracterizado en esta operación– como *Estropeado*. La verborragia del narrador como una forma de violencia, enfatiza el silencio al que el niño es sometido, suprime su condición de sujeto. Los modos en que las clases inferiores asimilan las pautas del comportamiento civilizado, se da en este caso desde la más cruda violencia. Violencia a la que el sujeto no presenta oposición, ya que

está fuera de las posibilidades de su repertorio.

(...) la integración de las clases inferiores, urbanas y rurales, en las pautas del comportamiento civilizado, la continua habituación de esas clases a una previsión a más largo plazo, a una contención homogénea y a una regulación más estricta de las emociones: la solidificación cada vez mayor de un aparato de autoacción (Elias 1989 : 470).

Lo que Osvaldo Lamborghini pone en evidencia a lo largo del relato, mediante la puesta en escena de un teatro de la crueldad que nos aleja de la lectura desde la lógica de la representación, es un juego de interrelación entre clases, lo que el proletario representa y lo que habilita para la clase media burguesa.

Lo que los niños burgueses no pueden aceptar es que su goce sexual –como metáfora del económico– no puede obtenerse sin ese sujeto al que le niegan el derecho a existir. Y es justamente un niño, un niño proletario, que ya ha asimilado las coerciones externas propias de su clase, en relación de interdependencia con los niños burgueses. Su cuerpo es violentamente transgredido, lo que sucede esa tarde reproduce el crimen silenciado, el crimen de clase. Los niños burgueses se permiten con el niño proletario desviar su conducta de lo psicossocialmente establecido. El cuerpo de Stropani queda literalmente estropeado, convirtiendo la nominación de la maestra en una profecía autocumplida: Stropani es un marginado, y su cuerpo –colgado entre el barrio burgués y el barrio pobre– viene a recordárnoslo.

El trabajo como goce

“Perón se dirigió a un sector numeroso del pueblo, el de los resentidos, el de los irrespetuosos, el de los iconoclastas (...) Se ofreció en mangas de camisa a que lo manosearan; al noli me tangere opuso el “mano a mano” de los villanos”.

Ezequiel Martínez Estrada

Las políticas de control que definen los modos occidentales de ser civilizado generan un contramovimiento en donde aquellos cuerpos autoaccionados, cansados y estropeados se celebran a sí mismos. El peronismo habilitó un margen para que esto

sucediera. Acontece entonces la fiesta, la fiesta de la política, la del cuerpo y la del trabajo. El goce del trabajo, aparece como el signo en donde se manifiesta la irrupción de un nuevo orden social.

Vestido con su ropa de trabajo, disfrazado de gaucho, mostraba su irreverencia frente a las instituciones de la opresión. Y comenzaron a retumbar, por primera vez en la historia política moderna, los grandes bombos (...) Gozar no se oponía a trabajar: era un aprendizaje de libertad necesario que arrancaba la máscara del lenguaje impuesto. Lo no comprobado comenzaba a enunciarse como posible. La canción sonaba todavía como un murmullo sordo, como un áspero trabajo de erosión. Es cierto, la muchedumbre todavía no podía nombrarse ni a sí misma, pero creaba una liturgia, unos símbolos, un talante no solemne, de fiesta desatada (Torres Roggero : 2007).

El proceso de la civilización en Occidente está marcado por los nuevos modos de organización del trabajo, en donde mediante la organización del tiempo del mismo y la subordinación de las inclinaciones momentáneas se fortalecen las redes de interdependencia.

La división del trabajo se hace tan sensible y complicada y las perturbaciones en cualesquiera lugares de las cadenas de montaje que la atraviesan afectan en tal grado la totalidad social que, bajo la presión de las luchas de exclusión, las clases dirigentes, las poseedoras del poder, se ven obligadas a tomar crecientemente en consideración a las amplias clases populares. (...) Con el incremento de la presión social, estas clases se acostumbran a contener sus afectos momentáneos, a disciplinar su conducta y a prever a más largo plazo el entramado social general (Elias 1989 :465).

Lanari hace culto al trabajo, al trabajo como sacrificio, el costo al que debe pagar para acceder a formar parte, para “ser civilizado”, para pertenecer a cierta clase. En su sacrificio funda los cimientos de lo que posee. Por eso no puede comprender las relaciones que los sectores populares poseen con el trabajo. En una sociedad complejamente diferenciada, el poder que adquieren las masas trabajadoras, su capacidad de paralizar el aparato productivo, las vuelve visibles, las hace aparecer. Para

Lanari –fiel a su construcción de clase– este hecho ya no puede pasar inadvertido: "Tranquilo, tranquilo, aquí no ha pasado nada" trataba de decirse pero era inútil. Efectivamente era inútil: la vida pública y el mundo del trabajo se reconfiguraban dando lugar –y protagonismo– a un nuevo actor social.

3. A modo de cierre

Tenemos un mensaje para la gente guapa
y es que los feos somos muchos más;
así que cuidado, mucho cuidado
procuren no hacernos enfadar.
Chusma, chusma, somos chusma
somos *lumpen proletariat*.
¡Intenta mantener a raya
a tan impresentable personal!"

Chusma, Siniestro Total. (Sesión Vermú, 1997)

A lo largo de los relatos analizados desde el prisma construido a partir de la lectura de "El proceso de la civilización" podemos delinear ciertos modos en que los procesos sociales conllevan, implican y a la vez provienen de, una serie de procesos psíquicos en donde las figuraciones se incorporan para dar cuerpo a la trama cotidiana de lo social.

Al considerar el carácter dinámico de las estructuras sociales, abordadas desde su propia génesis, podemos alertar los modos en que los sujetos establecen relaciones de interdependencia que buscan dejar al margen la violencia física, mediante la conversión de las coacciones en autoacciones. Así, bajo este régimen tácito, el individuo adquiere

desde pequeño un repertorio automático que lo llevan a contener las manifestaciones instintivas y emocionales. Este autodomínio, funciona de forma particular según la situación de cada sociedad y del individuo en ella.

La riqueza teórica de este planteo radica en poner en articulación los procesos sociales generales con la particularidad de lo psíquico en cada individuo. Esto nos permite entender por qué Stropani no pudo poner las manos ante sus agresores, cómo Lanari se refugia en el interior de su hogar frente a la vulnerabilidad que siente en el espacio público y entender las afectividades y comportamientos de la masa "*monstruosa*" que avanza sobre lo urbano.

Vivimos en la creencia de un Occidente civilizado y estable. Elías viene advertirnos las tramas que subyacen, los procesos sociohistóricos que nos definen, que nos atraviesan. Advertir en las representaciones literarias el modo en que se cristalizan modos de ser y estar en sociedad ha sido el ejercicio que estructura y articula el presente artículo, a partir de una pequeña muestra de relatos sobre el surgimiento del peronismo. Elías nos permite ver el carácter dinámico –justamente *procesual*– del *proceso* de la civilización. La idea de civilización en Occidente es un constructo precario y contradictorio, más de un ejemplo da cuenta de ello. El margen para la emergencia de la diferencia, de ese borde excluido, será siempre permeable.

Bibliografía

- AVELLANEDA, Andrés (1986), *Censura, autoritarismo y cultura: Argentina 1960-1983*, 2 tomos. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- BUSTOS-DOMECCQ (2004), *Nuevos Cuentos de Bustos Domeccq*, Emecé. Buenos Aires.
- BUTLER, Judith (2006), *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*, Paidós, Buenos Aires.
- ELIAS, Norbert (1989), *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, Fondo de Cultura Económica.
- JAURETCHE, Arturo (1997), *Los Profetas del Odio y la yapa*. Bs. As. Peña Lillo ed.
- LAMBORGHINI, Osvaldo (1988), *Novelas y cuentos*. Madrid, Ed. del Serbal.
- ROZENMACHER, Germán (1981): *Cabecita Negra*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- TORRES ROGGERO, Jorge (2007): *Confusa Patria*. Rosario: Ed. Fundación Ross.